

Antecedentes y consecuencias de las negociaciones de Utrecht en Cataluña (1711-1713)¹

Josep M. TORRAS I RIBÉ
Universitat de Barcelona
torras@ub.edu

Fecha de recepción: 12/12/2012
Fecha de aceptación: 26/05/2013

RESUMEN

El artículo plantea el seguimiento, entre los años 1711 y 1713, de los rumores y noticias que llegaban de las negociaciones de Utrecht, que provocaban el desconcierto de los ciudadanos e inexplicables titubeos en la política catalana. Hitos de esta secuela serían el acceso del archiduque Carlos a la dignidad imperial, el embarque de las tropas aliadas, y las negociaciones del convenio de Hospitalet para la evacuación del ejército imperial de Cataluña, dando cumplimiento a las cláusulas del Tratado de Utrecht.

Palabras clave: Tratado de Utrecht, Cataluña, Convenio de Hospitalet, mariscal Guido Starhemberg, armisticio, evacuación aliada e imperial.

Backgrounds and Consequences of the Utrecht Negotiations in Catalonia 1711-1713

ABSTRACT

This article explores the rumours and news arriving from the Utrecht negotiations between 1711 and 1713 which provoked the citizens' disarray and inexplicable unsteadiness in the Catalan politics. Landmarks in this story were the accession of Archduke Charles to the Imperial dignity, the embarkation of the allied troops, and the negotiations in the Agreement of Hospitalet for the evacuation of the Imperial army of Catalonia, fulfilling the clauses of the Treaty of Utrecht.

Key words: Treaty of Utrecht, Catalonia, Agreement of Hospitalet, Guido Starhemberg, armistice, allied and imperial evacuation.

¹ Este artículo forma parte del proyecto "La xarxa urbana catalana i les relacions transpirinenques en els segles XVII i XVIII", dotado por el Ministerio de Economía y Competividad (ref. HAR2012-32655).

1. INTRODUCCIÓN

En el proceso de negociación del tratado de Utrecht, largo, prolijo y sometido a avatares imprevisibles, intervinieron unos actores principales indiscutibles, las grandes monarquías europeas, con voz y voto y autentica capacidad de decisión en los asuntos referentes a la conducción de la guerra y a las condiciones de la paz, y un conjunto de actores secundarios, el más importante de los cuales fue sin duda el Principado de Cataluña. En el presente artículo pretendemos analizar los antecedentes y las consecuencias de la negociación del tratado de paz sobre este territorio. En realidad las repercusiones de los contactos diplomáticos entre Inglaterra y Francia se dejaron sentir en Cataluña mucho antes de la firma física del tratado, no sólo a través de las noticias que llegaban de la misma ciudad de Utrecht, sino también por los efectos que se percibían en la estrategia de los ejércitos y en el comportamiento de las tropas sobre la geografía catalana, convertida a partir de 1711 –no podemos olvidarlo– en el escenario principal de la contienda.

En términos archivísticos el seguimiento de estas incidencias se ha realizado por medio del cruce entre la documentación procedente del territorio (local y comarcal), con las referencias a las negociaciones de paz que se desarrollaban entre las potencias europeas, y que llegaban a Cataluña por conductos diversos (informes diplomáticos, crónicas, gacetas, dietarios, etc.). El contraste entre el contenido de ambas fuentes refleja hasta que punto la realidad cotidiana de la guerra –con sus elevadas dosis de incertidumbre y violencia indiscriminada– ocultaba o disimulaba para la población civil los manejos de la diplomacia europea, y permitía a las autoridades imperiales proyectar una visión interesada de la contienda –militar, pero también política–, y mantener incólume el fervor de la causa austriacista. Esta dimensión sesgada y propagandística del conflicto sucesorio tuvo su máxima expresión en la persistente política de desinformación y ocultamiento puesta en práctica por el mariscal Guido Starhemberg, que sumaba al rango militar su condición de virrey y máximo exponente del poder real en Cataluña. Los manejos de las autoridades imperiales, y sus equívocas relaciones con el gobierno de Cataluña, nos son desveladas por el prolijo repertorio de informes remitidos por los confidentes y espías borbónicos diseminados por el país, conservados en la sección “Estado” del Archivo Histórico Nacional. Igualmente en la misma sección “Estado”, y en los legajos de las series “Guerra Moderna” y “Gracia y Justicia” del Archivo General de Simancas, se encuentran anotaciones reveladoras sobre la conducción de la guerra por parte del estado mayor borbónico. Finalmente, el cruce de estos fondos con la documentación de la Generalitat de Cataluña, procedente del Archivo de la Corona de Aragón (series “Deliberacions” y “Esborranys dels Dietaris”), nos permite obtener una imagen pormenorizada de las incidencias de la guerra y de los episodios del embarque y evacuación de las tropas aliadas e imperiales, y por contraste, de la desazón y derrotismo que estos preparativos provocaron entre la ciudadanía.

2. LAS SECUELAS DE LAS BATALLAS DE BRIHUEGA Y VILLAVICIOSA: EL PRINCIPIO DEL FIN DE LA GUERRA

En una visión de conjunto, con el inicio del año 1711 se produjo un solapamiento aleatorio de hechos militares, políticos y diplomáticos de gran alcance, que a escala europea dieron un vuelco espectacular al conflicto sucesorio. En el desarrollo de la guerra las consecuencias del fracaso de la ofensiva aliada sobre Madrid, y las humillantes derrotas en Brihuega y Villaviciosa, significaron en buena medida el traspaso definitivo de la iniciativa militar a manos borbónicas en territorio peninsular. Como es bien sabido, en aquel episodio el ejército expedicionario inglés resultó severamente diezmado, y su comandante en jefe, el mariscal Stanhope, tuvo que sufrir un ignominioso cautiverio en tierras castellan². En el ámbito político el relevo en el gobierno inglés, de los whig a los tory, añadido a las inquietantes noticias del descalabro militar que llegaban de España, predispusieron la diplomacia inglesa a iniciar tanteos en búsqueda de la paz con la Francia de Luis XIV³. En la vertiente dinástica, la prematura muerte del emperador José I, a causa de la viruela, promovieron la sucesión en la figura de su hermano, el Archiduque Carlos de Austria, y enturbiaron de manera muy significativa sus ambiciones de convertirse en rey de España⁴. Francisco de Castellví, sagaz observador coetáneo de la guerra y de la diplomacia europea, resumía con acierto el nuevo escenario en el que debía desarrollarse el conflicto a partir de aquellos momentos:

Llegó a Holanda y a Inglaterra el aviso de la batalla de Brihuega. Hubo dictámenes de abandonar la guerra de España, por ser tan costosa y poco ventajosa. [...] La muerte del Emperador permitió al nuevo ministerio tory, bajo diferentes pretextos, condescender a una paz ventajosa a la Inglaterra, [y] sin tanta nota practicar el proyecto convenido con la Francia [...] a fin de que el Rey Felipe conservase el cetro español⁵.

Dejando al margen los escarceos diplomáticos entre las potencias europeas –verificables desde principios de 1711–, en los frentes de batalla de Cataluña la percepción de la guerra había cambiado radicalmente tras el fracaso de la ofensiva aliada sobre Madrid. Dando por descontado la magnitud de la victoria borbónica y el descalabro

² AHN (Archivo Histórico Nacional), *Estado*, legajo 379, Vallejo a Grimaldo, 13 de diciembre de 1710. BC (Biblioteca de Cataluña), *Bonsoms*, n^o 609, “Relación de relaciones de lo sucedido desde Guadalaxara y Viruega hasta finalizar la batalla de los campos de Villaviciosa”. Véase también VOLTES BOU, P.: “Las dos ocupaciones de Madrid por el Archiduque Carlos de Austria”. *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLLI (Madrid, 1962), pp. 102-107; PÉREZ MORENO, C.: *Episodios de la Guerra de Sucesión: asalto de Brihuega y batalla de Villaviciosa*, Guadalajara, 1911; KAMEN, H.: *Felipe V, el rey que reinó dos veces*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 99-101.

³ WEISS, J. B.: “La sucesión de España”, *Historia Universal*, 12, (1930), pp. 257-262; VEENENDAAL, A. J.: “La Guerra de Sucesión española en Europa”, en BROMLEY, S., (dir.): *Historia del mundo moderno*, Barcelona, Cambridge University Press-Editorial Sopena, 1976, pp. 333-335; ALBAREDA SALVADÓ, J.: *La Guerra de Sucesión de España (1700-1714)*, Barcelona, Ed. Crítica, 2010, pp. 304-305.

⁴ LEÓN SANZ, V.: *Carlos VI. El emperador que no pudo ser rey de España*, Madrid, Santillana Ediciones, 2003, p. 195.

⁵ CASTELLVÍ, F. DE: *Narraciones históricas*, vol. III, Madrid, Fundación Francisco Elías de Tejada y Erasmo Pércopo, 1998, pp. 217-218, 219-233, 372 y 393.

de los ejércitos aliados en Brihuega y Villaviciosa, las consecuencias de la retirada –casi desbandada– del ejército imperial del mariscal Guido Starhemberg, que ni siquiera pudo mantener la obediencia del reino de Aragón, alteraron radicalmente las posiciones del frente de batalla en Cataluña, que se habían mantenido estables, con pocas modificaciones, desde los inicios de la guerra⁶. Mientras que las fuentes catalanas hablan de una retirada estratégica del ejército imperial hasta tierras de la Cataluña central, a la altura de Igualada, donde se habría producido el reagrupamiento de las tropas y se habrían instalado los almacenes de pertrechos con vistas a iniciar la contraofensiva de primavera⁷, las fuentes del estado mayor borbónico señalan que las avanzadillas de su ejército se acuartelaron en las cercanías de Cervera, Ponts, Santa Coloma de Queralt y Calaf, en el mismo corazón de Cataluña, formando un semicírculo situado a unas pocas jornadas de Barcelona⁸.

También debería atribuirse una significación relevante al episodio del asedio y posterior conquista de la plaza de Gerona en enero de 1711, por parte del ejército francés del duque de Noailles, como consecuencia del persistente hostigamiento fronterizo, que originariamente tuvo como objetivo forzar el retraimiento de tropas de la ofensiva aliada sobre Madrid⁹. Como señalaba Baudrillart, se trataba de “mettre le duc de Noailles en état de faire una diversión considerable en Roussillon, [et] envoyer assez de troupes pour menacer la Catalogne”¹⁰. Sobre la fragilidad de las defensas aliadas en esta zona fronteriza daría perfecta cuenta el hecho de que la conquista borbónica de Gerona significó el virtual hundimiento de toda la línea del frente norte, llegando el ejército francés a adentrarse profundamente por la geografía catalana, y amenazar baluartes tan significados de la resistencia catalana como Olot, Ripoll y Vic, cuna del partido austriacista¹¹. En febrero de 1711, por ejemplo, las autoridades de Vic informaban a la Generalidad de “la fatal desgracia que se ha abatido sobre este Principado por la rendición de la plaza de Gerona, antemural que era del Principado, puesto que queda esta ciudad [de Vic] expuesta a la mayor desgracia de ser invadida y tiranizada por el enemigo”¹². Como muestra de la intranquilidad y el desconcierto que impregnaba buena parte de la sociedad catalana ante el avance borbónico, por las mismas

⁶ Para la delimitación de los frentes de batalla anteriores a 1710, véase TORRAS I RIBÉ, J. M.: “Catalunya després de la batalla d’Almansa: els desastres de la guerra contra la població civil (1707-1711)”, *Pedralbes*, 24 (2004), pp. 315-316.

⁷ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), pp. 135, 215-216 y 217-218.

⁸ AHN, *Estado*, legajo 383, Tserclaes a Grimaldo; legajo 410-1, 7 de marzo de 1711, Vallejo a Grimaldo. Vallejo había instalado su cuartel general en el pueblo de Torà. Informaciones coincidentes entre la documentación catalana en BUB (Biblioteca Universitària de Barcelona), ms. 34, “Annals Consulars”, p. 91, 30 de mayo de 1711.

⁹ BC, *Bonsoms*, nº 846, “Diario de todo lo sucedido en el sitio de Gerona que hizo de Exmo. Sr. Duque de Noailles con las tropas francesas en el mes de diciembre del año 1710”. BUB, ms. 34, “Annals Consulars”, pp. 88-89. ACA [Archivo de la Corona de Aragón], *Generalitat, Esborrany del Dietari*, reg. 315, s.f., 16 de diciembre de 1710. Para la descripción de las incidencias del asedio de Gerona, véase también TORRAS I RIBÉ, J., M.: *La Guerra de Successió i els setges de Barcelona (1697-1714)*, Barcelona, Rafael Dalmau Editor, 1999, pp. 277-282.

¹⁰ BAUDRILLART, A.: *Philippe V et la Cour de la France*, vol. I, París, Typographie Firmin Didot, 1890, pp. 410-411.

¹¹ FERRERES I CALVO, E.: *La Guerra de Successió i Catalunya*, Barcelona, Fundació Congrés de Cultura Catalana, 2007, p. 67.

¹² ACA, *Generalitat, Dietaris*, reg. 317, s.f., 1 de febrero de 1711. Traducción del texto original catalán.

fechas desde Manresa se daba ya por cierta la ocupación de toda la comarca de Vic: “existe el temor de que se hubiera producido la obediencia al enemigo de la ciudad de Vich, lo cual provocaba un gran desconsuelo”¹³. Ante la evidencia de este descalabro militar y del avance de las tropas borbónicas en todos los frentes, el gobierno de Cataluña se lamentaba de la falta de refuerzos del ejército imperial para impedir la capitulación de Gerona, y alertaba del peligro que, de persistir la ofensiva, quedaran expuestas al avance de las tropas borbónicas las comarcas limítrofes, y expedito el camino en dirección a Barcelona¹⁴.

3. RUMORES Y SOSPECHAS SOBRE EL INICIO DE LAS NEGOCIACIONES DE UTRECHT: HACIA UNA VIRTUAL SUSPENSIÓN DE ARMAS (1711-1712)

De lo que no cabe duda es que después del fracaso de la ofensiva aliada sobre Madrid la iniciativa militar en Cataluña había pasado de manera definitiva a manos de los ejércitos de ambas coronas borbónicas, y a partir de la primavera de 1711 se observa el afianzamiento de su presencia militar en toda la geografía catalana. En realidad, al margen de los grandes hechos de armas, la documentación coetánea coincide en poner de manifiesto que entre la población se difundía la sospecha de que las tropas aliadas habían dejado indefensa buena parte de la geografía catalana, a merced de las incursiones de los ejércitos borbónicos. Las autoridades locales se quejaban de que “las pocas tropas que había en el territorio para nuestro resguardo se han retirado, y con esta retirada queda desconsolado y amedrentado el País”¹⁵. En marzo de 1711, por ejemplo, los concejales de Vic se quejaban amargamente del abandono de puntos estratégicos en las proximidades de la ciudad por parte del ejército imperial, con la incertidumbre que entrañaba para los habitantes este abandono de posiciones, llegándose a insinuar que “ante cualquier nuevo incidente que se produzca, se teme que las tropas del Real ejército no plantarán cara al enemigo”¹⁶. En concreto se lamentaban del abandono de los acuartelamientos de los pueblos del Esquirol, Manlleu y Roda, lo cual redundaba en un gran “desaliento de los paisanos”¹⁷. Este clima de perplejidad y desconfianza de la ciudadanía ante la escasa combatividad de las tropas aliadas se encuentra perfectamente documentado por las fuentes del espionaje borbónico, y según José Vallejo “la disposición de los pueblos de Cataluña no puede ser mejor, [y] creo no habrá pueblo alguno que tome las armas [para defenderse]”¹⁸.

¹³ ACA, Generalitat, Esborrany dels Dietaris, reg. 315, s.f., 8 de febrero de 1711. Traducción del texto original catalán. Sobre este tema, véase también CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), pp. 212 y 259; SOLDEVILLA, F.: *Història de Catalunya*, Barcelona, Editorial Alpha, 1963, p. 1117.

¹⁴ ACA, Generalitat, Esborrany dels Dietaris, reg. 315, 26 de enero de 1711; reg. 317, s.f., 11 de febrero de 1711. DACB (Dietari de l'Antic Consell Barceloní), XXVII, p. 67, 15 de enero de 1711. BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 88-89.

¹⁵ ACA, Generalitat, Dietaris, reg. 317, s.f. Traducción del texto original catalán.

¹⁶ ACA, Generalitat, Esborrany dels Dietaris, reg. 315, s.f., 2 de marzo de 1711. Traducción del texto original catalán.

¹⁷ ACA, Generalitat, Dietaris, reg. 317, s.f., 13 de febrero de 1711.

¹⁸ AHN, Estado, legajo 410-1, Vallejo a Grimaldo, 7 de marzo de 1711.

Fue en medio de este clima de inseguridad militar y desmoralización ciudadana cuando comenzaron los preparativos para la inminente salida del Archiduque por vía marítima en dirección a Italia, a bordo del navío de la flota inglesa Blenheim, con la intención de viajar posteriormente a Frankfurt para coronarse emperador, con la consiguiente incertidumbre institucional que este hecho entrañaba¹⁹. Sin embargo, bajo la rutina protocolaria de la sucesión imperial todos los indicios ponen de manifiesto que se estaba dirimiendo una tensa pugna cortesana y diplomática, que implicaba en mayor o menor grado a todas las capitales europeas, y que tenía como trasfondo las incipientes negociaciones de paz entabladas entre las potencias europeas. En el bando austríaco, por ejemplo, afloraban disenciones entre los miembros de la corte imperial del difunto monarca y los componentes de la camarilla del Archiduque en Barcelona. En Viena la emperatriz Eleonora del Palatinado-Neuburgo, madre del futuro emperador, y personajes influyentes del entorno cortesano, como el príncipe Liechtenstein o el conde Wratislaw, pretendían acelerar el viaje del Archiduque, a fin de atajar incertidumbres políticas y territoriales²⁰. En Barcelona, por el contrario, los dignatarios cortesanos, entre los cuales el secretario de estado Ramon Vilana Perras, intentaban retrasar todo lo posible el inicio del viaje, pues se temía que pudiera significar el abandono de las ambiciones dinásticas de Carlos VI para coronarse rey de España. Y esta demora era favorecida también por la diplomacia inglesa, que pretendía utilizar el mantenimiento de la presencia del Archiduque en Cataluña como baza negociadora ante la corte de Francia. Como medio de presión, por ejemplo, los ingleses se negaban a proporcionar transporte marítimo a la comitiva imperial en su desplazamiento hasta Italia²¹. En todo caso, un reflejo especialmente significativo del clima de incertidumbre que se percibía entre la ciudadanía sobre la conducción de la guerra, y la misma integridad del proyecto austriacista, fue el malestar que, según algunas fuentes, se habría suscitado entre el pueblo de Barcelona, “malcontento por la salida del Archiduque”²². Por este conjunto de razones el viaje se demoró casi seis meses, hasta el 27 de septiembre de 1711, y la gobernación del Principado quedó en manos de una virtual diarquía de poder, que no auguraba nada bueno para la causa austriacista: la emperatriz Elisabeth Cristina de Brunsvic-Wolfebüttel permaneció en Barcelona en calidad de lugarteniente, manteniendo la ficción cortesana, mientras que el mariscal Guido Starhemberg, comandante en jefe del ejército imperial acantonado en Cataluña, fue nombrado virrey, si bien este nombramiento se mantuvo en secreto, y no se hizo público hasta 21 de marzo de 1713, una vez consumada la evacuación de la emperatriz en dirección a Viena²³.

¹⁹ VOLTES BOU, P.: *El Archiduque Carlos de Austria, rey de los catalanes*, Barcelona, Editorial Aedos, 1953, p. 258.

²⁰ LEÓN, *op. cit.*, (nota 4), p. 195.

²¹ VOLTES, *op. cit.*, (nota 19), pp. 256-257.

²² BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, pp. 96-97, 27 de septiembre de 1711; VOLTES, *op. cit.*, (nota 19), pp. 253-257; LEÓN SANZ, V.: *Entre Austrias y Borbones. El Archiduque Carlos y la monarquía de España (1700-1714)*, Madrid, Ed. Sigilo, 1993, p. 209.

²³ El nombramiento del mariscal Starhemberg como virrey lleva fecha de 26 de septiembre de 1711, pero su toma de posesión oficial no se produjo hasta el 21 de marzo de 1713. ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, doc. 428, 26 de septiembre de 1711; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 543.

En términos militares los frentes de batalla de Cataluña mostraban durante esta época una engañosa situación de tablas. Dejando al margen la persistencia de escaramuzas estacionales, deberían destacarse algunas operaciones de cierta envergadura, destinadas a consolidar posiciones en el nuevo mapa estratégico de la contienda. Especialmente digna de mención fue sin duda la denominada batalla de Prats de Rei, entablada entre las tropas del duque de Vendôme y del mariscal Starhemberg. Los combates, que se prolongaron con alternativas diversas durante los meses de verano y otoño de 1711, tenían por objetivo afianzar la presencia de los ejércitos borbónicos en tierras de la Cataluña central, y asegurar la recolección de las cosechas en las comarcas cerealistas del Urgel, Segarra, Anoia y Conca de Barberà²⁴, al tiempo que se pretendía reforzar la presencia del ejército de ambas coronas en las cercanías del Castillo de Cardona, como condición para disponer el asedio a la fortaleza, e intentar así poner bajo control el reducto inexpugnable de la resistencia catalana²⁵. Si bien al final de la refriega –ya en los meses de invierno de 1711– el ejército imperial mantuvo a grandes rasgos sus posiciones, este hecho de armas puso de manifiesto de manera palmaria que sin la contribución activa de las tropas expedicionarias inglesas resultaba sumamente difícil revertir la situación de agobio militar que se padecía en las zonas de solapamiento territorial entre ambos ejércitos, puesto que las tropas borbónicas, a pesar de no haber obtenido los objetivos propuestos, mantuvieron prácticamente intactos sus acuartelamientos invernales²⁶.

Esta percepción adquirió suma importancia en los meses posteriores, cuando comenzaron a difundirse por Cataluña los primeros rumores sobre el inicio de las negociaciones entre Inglaterra y Francia para poner fin a las hostilidades, y no puede descartarse que estas nuevas circunstancias de la diplomacia europea tuvieran repercusiones en el campo de batalla. La situación de incertidumbre que se vivía en el país, no sólo en los círculos del poder político, sino también entre la población, era recogida por los *Annals Consulars* en unos términos que –de ser ciertos– acabarían alterando radicalmente las mismas bases ideológicas y políticas de la contienda: “comenzó el presente año 1712 con las noticias que llegaban a Barcelona sobre que se ha formado en Utrecht un irregular congreso, sin haber mantenido las formas de invitar al Señor Emperador, y parece que los milorts ingleses [...] han pactado dejar la Gran Alianza que se tenía con el señor Emperador”²⁷.

Las limitaciones tácticas del ejército imperial se reprodujeron ya entrado el año 1712, con el intento del mariscal Starhemberg de poner asedio e intentar recuperar la plaza de Gerona, operación que era vista como el principio de una gran contraofensiva que debería culminar con la expulsión de los ejércitos de ambas coronas. Sin embargo, a pesar del fuerte despliegue de tropas y artillería, la ofensiva austríaca se

²⁴ AHN, Estado, leg. 411-3, Castelar a Grimaldo, 10 de diciembre de 1711. ACA, *Generalitat, Dietaris*, reg. 315, s.f., 29 de noviembre de 1711. BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 98; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), pp. 227, 248-258, 282-287, 299-300 y 318-347; RIBA I GABARRÓ, J.: “Batalles de la Guerra de Successió a Calaf i Prats del Rei”, *Miscellanea Aqualatensia*, 8 (1997), pp. 195-203; TORRAS I RIBÉ, *op. cit.*, (nota 9), pp. 292-293.

²⁵ SERRA I SELLARÉS, F.: “El setge de Cardona de l’any 1711”, *Butlletí de la Societat Catalana d’Estudis Històrics*, 23 (2012), pp. 243-287.

²⁶ AHN, Estado, leg. 423, 19 de enero de 1712, Tserclaes a Grimaldo.

²⁷ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 100. Traducción del texto original catalán.

estrelló contra la bien pertrechada defensa del ejército francés, reforzada con dotaciones de refresco venidas desde el Rosellón, compuestas por 16 batallones de infantería, 2 batallones de fusileros y 500 soldados de caballería, al mando del mariscal duque de Berwick y del conde de Fiennes, que convirtieron en ilusorias las pretensiones del mariscal Starhemberg de reconquistar la ciudad²⁸. Precisamente las noticias sobre este desistimiento del ejército imperial fueron muy mal recibidas en Barcelona, llegándose a insinuar que el fracaso de la ofensiva se debió en último término a la escasa beligerancia de las tropas imperiales, coartadas en sus operaciones por la pasividad atribuida al ejército inglés, que según algunas fuentes había mantenido una sospechosa muestra de inhibición en la contienda²⁹. Parece ser que el boicot inglés a las operaciones del ejército imperial llegó a concretarse en la negativa a permitir el transporte en navíos de su flota de tropas de refresco y de pertrechos para el ejército imperial. Según algunas fuentes, el almirante Jennigs, siguiendo órdenes expresas del gobierno inglés, se habría negado a transportar a Barcelona, desde el puerto de Génova, un contingente de 8.000 soldados de infantería y 1.300 caballos procedentes de Italia y de la zona del Rin³⁰.

Esta inhibición del ejército inglés no pasó en absoluto desapercibida para los observadores coetáneos, según los cuales presumiblemente era atribuible a la existencia de negociaciones secretas entre las potencias europeas. Concretamente ya en el mes de mayo de 1712 se difundió por Barcelona el rumor de que “los ingleses querían separarse de la Liga, y llegó el aviso que se había producido una suspensión de armas entre Inglaterra y Francia, esto es el Rey Cristianísimo, [y] los dos ejércitos estaban en una suspensión grandísima”³¹. Por otra parte, parece indudable que la existencia de negociaciones entre las potencias también tuvieron su reflejo en las previsiones del estado mayor borbónico, en cuyo seno el marqués de Bedmar propuso ya en el mes de junio de 1712 suspender las operaciones en gran escala en Cataluña, y mantener las tropas acuarteladas, a la expectativa del resultado de las negociaciones que se desarrollaban en Utrecht, y atendiendo a la superioridad estratégica apabullante que los ejércitos de ambas coronas mantenían en la mayor parte de la geografía catalana³². Y según Castellví, el mismo mariscal Starhemberg desde mediados de 1712 mantenía también acuarteladas e inactivas sus tropas en las cercanías de Cervera “porque ya vivía con desconfianza de los ingleses”³³.

²⁸ AHN, Estado, leg. 427, 15 de diciembre de 1712, Beauregard a Grimaldo. Descripción de la retirada de las tropas imperiales en ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, doc. 374, 11 de enero de 1713.

²⁹ BUB, ms. 34 *Annals Consulars*, p. 110. El fracaso de la ofensiva del ejército imperial para reconquistar la plaza de Gerona produjo una gran consternación en el seno de las instituciones catalanas. Véase MARTÍ FRAGA, E.: *La conferencia de los Tres Comunes (1697-1714). Una institución decisiva en la política catalana*, Lleida, Pagés Editors, 2008, p. 169.

³⁰ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 409.

³¹ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 103, 30 de mayo de 1712. Traducción del texto original catalán.

³² AHN, Estado, leg. 425, 26 de junio de 1712, Bedmar a Grimaldo. El marqués de Bedmar era en esta época un miembro prominente del Consejo de Estado; BACALLAR Y SANNA, V.: *Comentarios de la guerra de España, e historia de su Rey Felipe V, el Animoso*, vol. 99, Madrid, 1957, p. 238.

³³ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 421.

4. LOS PREPARATIVOS DE LA EVACUACIÓN ALIADA (1712)

En esta incierta situación de virtual armisticio -aunque no declarado oficialmente- los diversos contendientes dedicaron sus esfuerzos a consolidar sus posiciones y a obtener un conocimiento lo más exacto posible de la situación del país y de sus habitantes ante el nuevo escenario que se avecinaba. En realidad, por parte borbónica desde 1710 los generales Feliciano Bracamonte y José Vallejo se habían dedicado a reclutar confidentes en las tierras de la retaguardia catalana, con el fin de pulsar la opinión de los habitantes sobre los cambios que se avecinaban, y a infiltrar espías entre las filas del mismo ejército imperial, para adecuar su estrategia para la ocupación del territorio, que se daba por segura³⁴. Por medio de estos informes el estado mayor borbónico llegó a tener un conocimiento muy preciso sobre la implantación territorial tanto de las tropas aliadas como de los acuartelamientos del ejército imperial. En marzo de 1712 había sido redactado un prolijo informe, encabezado como “État des troupes des ennemis en Catalogne”, en el que se detallaba la cuantía y la situación geográfica de las dotaciones de los diversos ejércitos. Según estos datos, por aquellas fechas había acantonados en Cataluña cuarenta batallones de infantería procedentes de los diversos países aliados, de los cuales veintidós imperiales, diez ingleses, cinco del Palatinado, dos holandeses, y uno de portugués, además de catorce batallones de tropas españolas. En cuanto a las tropas de caballería se cifraban en diez y seis escuadrones imperiales, once portugueses, ocho palatinos, y seis holandeses, además de quince españoles³⁵. Por su parte, a través de los datos suministrados por la red de espías infiltrados en la retaguardia por José Vallejo, los efectivos totales de las tropas expedicionarias aliadas se cifraban en junio de 1712 en 14.000 soldados de infantería, de los cuales 6.300 imperiales, 3.000 ingleses, 1.800 palatinos, 1.100 portugueses, y 1.800 españoles, a los cuales se esperaba añadir 6.000 reclutas de diversas procedencias. En cuanto a las tropas de caballería estaba compuesta por 4.400 soldados, repartidos entre 1.200 imperiales, 1.000 holandeses, 800 portugueses, 500 palatinos y 700 españoles, además de 200 voluntarios³⁶.

Por estas mismas fechas se inició una persistente política de seducción de exponentes significados de la sociedad rural del Principado, llevada a cabo por algunos exiliados en la corte, como el jurista catalán Josep Alós³⁷, que aconsejaban a sus confidentes y allegados ir preparando el terreno para la sumisión una vez que se hubieran evacuado las tropas extranjeras:

procurase ir cultivando a los naturales de Cataluña, los más que pudiese, haciéndolos comprender que [...] se les atendería en todo lo que se ofreciese a proporción de lo que executasen en el Rl. Servicio, [y] haga entender a este sugeto y a todos los de-

³⁴ CASTRO, C. DE: *A la sombra de Felipe V. José de Grimaldo, ministro responsable (1703-1726)*, Madrid, Marcial Pons, 2004, p. 23.

³⁵ AHN, Estado, leg. 420, “État des troupes des ennemis en Catalogne, mois de mars de 1712”.

³⁶ AHN, Estado, leg. 425, 12 de junio de 1712, Vallejo a Grimaldo.

³⁷ Sobre la trayectoria política de los miembros de la familia Alós al servicio de la causa felipista, véase PÉREZ SAMPER, M. A.: “La familia Alós. Una dinastía catalana al servicio del Estado (siglo XVIII)”, *Cuadernos de Investigación Histórica*, 6 (1982), pp. 195-239.

más que pudiese atraer [que] tendrán su remuneración, y en esta inteligencia se podrán cultivar y disponer los más ánimos que pueda³⁸.

Por medio de esta red de confidentes y espías llegaban a manos del estado mayor borbónico prolijos informes sobre el estado de ánimo de la ciudadanía ante los avatares de la guerra y los rumores que circulaban, ya en febrero de 1712, sobre la previsible ruptura de la coalición aliada: “corre por cierto por Barcelona de que no hay duda de que se firmarán los capítulos de las Pazas”. La imagen del país que se desprende de estos informes era, por otra parte, de un derrotismo extremo, consecuencia de los desastres de la guerra y de los temores ante el incierto futuro que se avecinaba: “el Pahiz está en un miserabilísimo estado, [y] el caso de la estrechez en que oy se halla Cathaluña movería el ánimo de los cathalanes al desengaño”³⁹.

El reflejo de esta incertidumbre ciudadana tuvo su confirmación durante el verano de 1712, cuando empezaron a difundirse noticias fidedignas sobre la conclusión de los primeros acuerdos entre Francia y las potencias aliadas, y sobre los preparativos que deberían emprenderse por toda la geografía catalana para facilitar la evacuación de las tropas de los países contendientes⁴⁰. Según los impresos y gacetas que circulaban por Barcelona, un ejemplar titulado “Clarín de Europa” informaba de que “por la frontera del Rosellón llegó un expreso [...] con el aviso de la acordada paz entre las armas de Inglaterra y Francia, con que virtualmente [...] estaban los dos ejércitos en una tácita suspensión”⁴¹. También en los *Annals de Catalunya* correspondientes a septiembre de 1712 de daba cuenta de “la llegada de avisos de que se había pactado una suspensión de armas entre Inglaterra y Francia”⁴². Y estas mismas noticias llegadas de Europa, a pesar del secretismo con que se habían mantenido las negociaciones entre las potencias, adquirió tales visos de veracidad que incluso llegó a ser confirmada de manera oficiosa por el mismo gobierno de Cataluña: “ingleses y después portugueses han entrado en suspensión de armas con la Francia”⁴³.

A partir de primeros de septiembre, en el espacio de pocas semanas, los peores augurios comenzaron a mostrarse con toda su intensidad en Cataluña. En las diversas áreas donde tenían sus acuartelamientos, las tropas aliadas iniciaban con sigilo los preparativos para proceder a la evacuación de sus efectivos: “el duque de Argyll recibió pliegos de los plenipotenciarios ingleses en Utrecht con orden que se separase del campo de los aliados, y pasase a la marina de Cataluña [para su embarque]”⁴⁴. La divulgación de estas órdenes, que no admitían ninguna duda sobre las intenciones inglesas de ausentarse lo más rápidamente posible del campo de batalla, y abandonar los catalanes a su suerte, provocaron una gran consternación entre las autoridades catalanas, que no daban crédito a la acumulación de evidencias sobre la defección

³⁸ AGS (Archivo General de Simancas), Gracia y Justicia, leg. 1028, José de Alós a José Minguet.

³⁹ AHN, Estado, leg. 531, “Relación remitida de Cathaluña en últimos de febrero de 1712, que explica el estado de las cosas de Barcelona y del pahiz que ocupan los enemigos”.

⁴⁰ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 404.

⁴¹ BUB, ms. 426, “Clarín de Europa”, s.f.

⁴² BUB, ms. 34, *Annals de Catalunya*, p. 103, 1 de septiembre de 1712.

⁴³ ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, doc. 400.

⁴⁴ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 421.

británica⁴⁵, entre otras razones porqué consideraban con fundamento, y sin ambages, que la diplomacia inglesa había sido la principal instigadora y valedora de la participación catalana en la guerra. Esta muestra de deslealtad era aireada explícitamente en las páginas de los *Annals Consulars*, en los que se echaba en cara públicamente al almirante Jennigs que “la nación inglesa había empujado Cataluña a la guerra”⁴⁶.

No obstante, a ojos de la ciudadanía lo que verdaderamente clamaba al cielo era la sospechosa actitud adoptada ante este evento por las autoridades imperiales, lo que ponía de manifiesto hasta que punto estaban comprometidas en el cumplimiento de los acuerdos que se estaban negociando en Utrecht, a pesar de no haber participado directamente en su gestación⁴⁷. Efectivamente, en opinión de Castellví, parece ser que la principal preocupación de las autoridades consistía en “prevenir que fueran asistidos los soldados [ingleses], y exhortar a los pueblos para que no les insultaran, alarmados de este suceso, [y] que en los tránsitos de Cervera a la orilla del mar mantuvieran las tropas inglesas la mayor comodidad en los víveres, [e] invigilar el mayor sosiego de los pueblos”⁴⁸. Estas prevenciones, sin embargo, no pudieron evitar que cundiera en desaliento entre la población, y que los pueblos se sintieran abandonados a su suerte ante la evacuación de las tropas inglesas: “la suspensión de las británicas armas ha dado motivo a muchos recelos, [y] a un total desconsuelo en este Principado”⁴⁹. A pesar de estas admoniciones y muestras de desagrado ante las noticias de la inminente salida de las tropas, las autoridades catalanas tuvieron que plegarse a los designios de la diplomacia continental, y tomar las medidas oportunas para facilitar el repliegue de las guarniciones, y su manutención en el tránsito hasta los puertos de embarque. Esto no evitó, sin embargo, que a lo largo de su recorrido se produjeran diversos incidentes entre los vecinos y los soldados ingleses, que eran increpados por los habitantes de los pueblos de la ruta, y acusados de cobardía y traición⁵⁰. Según dejó escrito el soldado irlandés John Fontaine en su diario, “los habitantes de las diversas poblaciones, viéndose abandonados, nos llamaban traidores, y las voces más viles que se les ocurrían, y el populacho nos lanzaba piedras diciendo que los habíamos traicionado poniéndolos en manos del Rey Felipe”⁵¹.

El desaliento de los paisanos se vio acrecentado por la aparatosa operación de repliegue de las tropas portuguesas, a partir del mes de diciembre de 1712⁵². Efectivamente, a falta del imprescindible apoyo logístico de los navíos de la flota inglesa,

⁴⁵ Generalidad, Consejo de Ciento y Brazo Militar, es decir, la conferencia de los tres comunes, mantuvieron reiteradas reuniones hasta bien entrada la madrugada del día 11 de septiembre, para tratar como tema monográfico “del asunto de la separación de las tropas inglesas del real ejército”. ACA, *Generalitat, Dietaris*, reg. 315, s.f., 11 de septiembre de 1712, traducción del texto original catalán.

⁴⁶ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 139.

⁴⁷ FREY, L., FREY, M.: *The Treaties of the War of the Spanish Succession. An Historical and Critical Dictionary*, Westport, Connecticut, 1995, p. 14-15.

⁴⁸ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), pp. 421-422.

⁴⁹ ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, s.f., (septiembre de 1712), traducción del texto original catalán.

⁵⁰ BAKER, J.: *The Deplorable History of the Catalans, from their first engaging in the War, to the Time of their Reduction*, Londres, 1714 (Reed. facsímil, Barcelona, 1991), pp. 26-27.

⁵¹ PORTER ALENXANDRE, E.: *The Journal of John Fontaine*. Williamsburg, University of Virginia, 1972, p. 42. Traducción del original inglés.

⁵² BACALLAR, *op. cit.*, (nota 52), p. 236.

la evacuación del ejército luso tuvo que hacerse por vía terrestre, en primer lugar reagrupando las tropas en diversos puntos del Principado, e iniciando a continuación un largo periplo por tierras catalanas en dirección a Lérida y la frontera aragonesa, y debiendo realizar la travesía peninsular por tierras de Castilla, hasta alcanzar la frontera de Portugal⁵³. El repliegue de las tropas portuguesa se realizó en unas condiciones de penuria extrema; los soldados quedaron abandonados a su suerte, sin paga ni manutención, puesto que a lo largo de la guerra habían estado a sueldo de Inglaterra, y una vez consumado el embarque del ejército inglés, dejaron de percibir cualquier remuneración y ayuda⁵⁴. Dada esta situación de indigencia y desamparo, y con el fin de evitar desertiones y desmanes, en su tránsito por vía terrestre –entre Lérida y Olivenza– tuvieron que ser auxiliados por los responsables de la intendencia del ejército borbónico⁵⁵.

Estas operaciones de evacuación y embarque de las tropas expedicionarias aliadas exacerbaban el derrotismo de los catalanes respecto al incierto futuro del conflicto dinástico, según se desprendía de las informaciones que llegaban desde Europa: “la suspensión de armas que han ejecutado los ingleses y portugueses pronostica la total ruina de Cataluña”⁵⁶. Este abandono de la guerra por parte de las potencias aliadas quedó grabado en el acervo diplomático como el “caso de los catalanes”, consecuencia del incumplimiento flagrante por parte de Inglaterra de las cláusulas del Pacto de Génova de 1705, que había propiciado la entrada de Cataluña en la guerra, y el desembarco de la flota inglesa en Barcelona⁵⁷.

5. LA DESERCIÓN IMPERIAL: DEL EMBARQUE DE LA EMPERATRIZ A LA FIRMA DEL CONVENIO DE HOSPITALET (MARZO-JUNIO DE 1713)

En los meses sucesivos la percepción de la guerra por parte de la población fue empeorando irremisiblemente, y el pesimismo de la ciudadanía se acentuaba por momentos a tenor de las alarmantes noticias que llegaban sobre la evolución de las negociaciones de paz. Estas deprimentes perspectivas eran expresadas con toda rotundidad por la publicística que circulaba por los centros de poder de Barcelona:

Empezó el presente año de 1713 muy infeliz para este Principado y ciudad de Barcelona, a causa del maligno semblante que muestran los negocios particulares de Utre-

⁵³ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 108, 1 de diciembre de 1712.

⁵⁴ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 424.

⁵⁵ AHN, Estado, leg. 500-2, reclamación del asentista Pedro de Ortega, proveedor del ejército real, para resarcirse de los gastos ocasionados por el traslado de las tropas portuguesas por tierras de Castilla.

⁵⁶ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 108-110, traducción del texto original catalán.

⁵⁷ BAKER, *op. cit.*, (nota 50), p. 15; SOLDEVILLA, *op. cit.*, (nota 13), pp. 1108-1109; STRUBELL, M. B. (ed.): *Consideració del “Cas dels Catalans”*, Barcelona, Edicions Curial, 1992; ALBAREDA SALVADÓ, J.: *El “Cas dels Catalans”: la conducta dels aliats arran de la Guerra de Successió (1705-1742)*, Barcelona, Fundació Noguera, 2005; CATÀ, J., MUÑOZ A.: *La traïció anglesa. Comerç colonial i destrucció de la sobirania catalana (1706-1715)*, Barcelona, Llibres de l'Índex, 2009.

cht, donde por medio de las negociaciones los franceses [...] pretenden destruir todo lo que era propio de la Augustísima casa de Austria⁵⁸.

A la vista de los acontecimientos posteriores, esta apreciación resultó ser absolutamente premonitrice del derrotero que empezaban a tomar las negociaciones entre las potencias europeas con la entrada del nuevo año.

Efectivamente, ya no se trataba de la trabajosa evacuación de las tropas expedicionarias aliadas, que se encontraba próxima a concluir, sino que empezaba a plantearse sin tapujos la repatriación del ejército imperial, que significaría irremisiblemente el abandono de Cataluña a su suerte. En realidad, desde el mes de enero de 1713 se habían producido los primeros tanteos diplomáticos para obtener esta evacuación, conducidos por el conde Sinzendor, por parte imperial, y por representantes de Inglaterra y Francia⁵⁹. A todas luces, pues, las negociaciones de Utrecht estaban alumbrando una guerra distinta y cada vez más alejada de las premisas que dieron origen al conflicto sucesorio. Al fin y al cabo para los catalanes los ingleses nunca habían dejado de ser un aliado circunstancial, que una vez conseguidos sus intereses, en forma de sustanciosas prebendas económicas y territoriales —dominio inglés de Gibraltar y Menorca, comercio con América, asiento de negros, pesquerías en Terranova, etc.—, se desdecía de los compromisos contraídos en 1705⁶⁰. Y lo mismo podría decirse, con mayor razón, de Holanda y Portugal. Otra cosa muy distinta era, sin duda, cuestionar la implicación imperial en la contienda. Cualquier renuncia en este campo significaba atentar contra el meollo de la causa austriacista, profundamente arraigada en el acerbo popular.

Al margen de las noticias y rumores que llegaban a Cataluña sobre los acuerdos alcanzados en Utrecht, por medio de gacetas y comunicaciones diplomáticas, los informes recogidos sobre el terreno por los agentes de la Generalitat presagiaban el peor escenario para el desenlace de la guerra. A mediados de enero de 1713, por ejemplo, el gobierno de Cataluña daba cuenta, con pesar, de la retirada del ejército imperial de enclaves estratégicos a lo largo de toda la línea del frente: en Hostalrich, en Verges, en el Campo de Tarragona, en las cercanías de Cervera, etc.⁶¹. Esta retirada de efectivos del ejército imperial de los lugares estratégicos para la defensa de Cataluña causó gran alarma a las autoridades catalanas, que denunciaron con incredulidad los hechos al Emperador:

El día dos de enero los generales de Vuestra Magestad cesarea se retiraron de Verges a Riu de Arenes. Llegó poco después el aviso de que el coronel Rohor, que estaba en Cervera con mil quinientos hombres, también se había retirado, y que 24 horas después ocuparon aquel puesto los enemigos [...]. Esta es, Señor, una sucinta noticia de los sucesos de la campaña, y de la desgraciada postura del Principado. El Pahís nos queda

⁵⁸ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 109, traducción del texto original catalán.

⁵⁹ SANPERE I MIQUEL, S.: *Fin de la nación catalana*. Barcelona, Tipografía l'Avenç, 1905 [Reed. facsímil, Barcelona, 2001], pp. 43-44; CATÀ, *op. cit.*, (nota 57), p. 154.

⁶⁰ SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), pp. 42-66; SOLDEVILLA, *op. cit.*, (nota 13), pp. 1121-1122; WALKER, G.: "Algunes repercussions sobre el comerç d'Amèrica de l'aliança Anglo-Catalana durant la Guerra de Successió espanyola", *2nes. Jornades d'Estudis Catalano-Americans* (1987), pp. 69-81.

⁶¹ ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, s.f., 11 de enero de 1713.

tan devastado que se percibe casi inútil, [y] lo que verdaderamente lastima la fidelidad de estos vasallos es encontrarse sin fuerzas para resistir el tropel de desgracias que amenazan su total ruina⁶².

Para cúmulo de desventuras, los *Annals Consulars* incluso llegaron a insinuar que el reciente fracaso de la ofensiva del ejército imperial para reconquistar Gerona fue debido a las exigencias y presiones de los negociadores de Utrecht sobre el Emperador: “se dice que la retirada ignominiosa del conde Guidobaldo de EstareMBERG [de Gerona] fue debida a ordenes [del Emperador], a causa de estarse tratando en Utrecht sobre la evacuación de las tropas imperiales de Cataluña”⁶³. Fuera o no cierta esta sospecha, de lo que no cabe duda es que los negociadores de Utrecht, y muy en especial Inglaterra, presionaban por distintos conductos al Emperador para que se incorporase a los acuerdos de paz: “los negociadores precisaron a Su Magestad Católica combenir a la suspensión [de armas], y entrar al tratado de la Paz General”⁶⁴.

A partir de este momento los avatares de la guerra en Cataluña, y los entresijos de las negociaciones de paz entre las potencias europeas, se solapan y entrecruzan cada vez de manera más indescifrable, y resultan sumamente difíciles de deslindar con la escasa documentación disponible⁶⁵. Por ejemplo, a pesar de las evidencias sobre la escasa beligerancia del ejército imperial en toda la línea del frente, cuando no su indecoroso abandono de posiciones ante la simple presencia de tropas borbónicas en las cercanías de sus acuartelamientos, el Emperador se continuaba mostrando formalmente impertérrito en sus aspiraciones para coronarse rey de España, y en sus compromisos para mantener la defensa e integridad territorial de Cataluña –de sus instituciones y privilegios– bajo su égida, fueran cuales fueran los resultados de las negociaciones de la diplomacia europea. Una proclama en este sentido, fechada el 17 de febrero de 1713, intentaba atajar los rumores sobre la concertación imperial con los negociadores de Utrecht:

Siempre me he mantenido firme en mi primera constancia, [y] podéis estar seguros de que si el último sacrificio de mis tropas y caudales pudiera bastar al logro que tanto deseo, nada me embarassaría ejecutarlo, [y] en esta consecuencia podeys estar seguros de que mi principal objeto es vuestra conveniencia en quanto al estado presente de las cosas permitiere, y a este fin he ordenado al marqués de Montnegre passe luego a Utrech, donde apoyado de mis plenipotenciarios, en mi nombre coadyuve y promueva lo que crehere pueda ser más conveniente a ese Principado, [...] remitiéndohos de nuevo la memoria de lo que os amo, lo qual nunca podrá borrarse de mi⁶⁶.

⁶² DACB, XXVIII, p. 198, 16 de enero de 1713.

⁶³ BUB, ms. 34, *Annals Consulars*, p. 110. Traducción del texto original catalán.

⁶⁴ ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, doc. 400, 18 de febrero de 1713.

⁶⁵ La merma documental en los archivos catalanes resulta perceptible des de finales de 1712, y las anotaciones de los dietarios institucionales se espacian inexorablemente. Véase, por ejemplo, el contenido de los dietarios de la Generalidad entre diciembre de 1712 y julio de 1713, reducido cada vez más a anotaciones de trámite. ACA, *Generalitat, Dietaris*, reg. 315, s.f., *passim*. Un deterioro parecido puede observarse en los fondos municipales. DACB, XXVIII, *passim*. Estas carencias fueron lamentadas ya por SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 85.

⁶⁶ DACB, XXVIII, p. 62, carta real fechada el 17 de febrero de 1713.

Sin embargo, a pesar de la solemnidad de estas promesas, en los cenáculos del poder cortesano de Barcelona se trabajaba discretamente, des de principios de 1713, en la preparación del viaje a Viena de la Emperatriz, que debería significar el inicio del repliegue imperial en tierras catalanas. Entre las razones aducidas por el secretario Vilana Perlas para justificar la necesidad del viaje se esgrimían argumentos de alta política, relacionados con la necesidad de garantizar la sucesión imperial⁶⁷. La difusión de la noticia de la próxima evacuación real desató una gran inquietud entre la ciudadanía, que sospechaba con razón que se trataba de una artimaña para justificar la repatriación imperial, operación en la que se hallaban comprometidas las potencias europeas. Según informaba desde París el duque de Osuna, “los ministros de Francia habían concluido el ajuste para la ebaquación de Cataluña y el transporte de la Archiduquesa a Italia”⁶⁸. Los rumores y conjeturas difundidas por Barcelona sobre este tema provocaron una gran efervescencia popular, y llegó a temerse que se produjeran algaradas callejeras para impedir el embarque: “recorren las calles de la ciudad diferentes cuadrillas, publicando voces perniciosas, y se teme que pueda pasar a mayores”⁶⁹. Con el fin de aliviar la tensión que se vivía en Barcelona ante los preparativos del viaje, llegó a proponerse impedir el embarque de la Emperatriz, y utilizar su presencia como garantía de que los privilegios de Cataluña serían respetados fuera cual fuera el desenlace de las negociaciones de Utrecht. Según la argumentación del barón de Claret, “deteniendo la Reyna no quedarían tan expuestos, y que en todo caso, de haberles de desamparar, quedarían seguros los privilegios”⁷⁰.

Estas muestras de inquietud que se difundían por Barcelona a causa de la repatriación de la Emperatriz no fueron óbice para que los preparativos del viaje se fueran consumando inexorablemente. El embarque se había programado para mediados del mes de marzo, a bordo de navíos de la flota inglesa del almirante Jennings. Sobre la fecha exacta de la partida es interesante constatar la sincronización perfecta del viaje con la firma del tratado de evacuación de Cataluña por parte de las tropas imperiales: la firma del acuerdo de los plenipotenciarios de las potencias europeas se realizó el 14 de marzo⁷¹, mientras que el embarque de la Emperatriz se llevó a cabo, con un ceremonial y una pompa inusitadas, apenas una semana después, el 19 de marzo de 1713⁷². Sin embargo, al margen del simbolismo del embarque de la Emperatriz, lo que confiere a esta evacuación un carácter verdaderamente significativo de fin de ciclo histórico del austriacismo en Cataluña fue el desmesurado séquito que la acompañó en su viaje a Viena, formado por la práctica totalidad de los dignatarios corte-

⁶⁷ DACB, XXVIII, p. 64; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 534; SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), pp. 31 y 33. VOLTES, *op. cit.*, (nota 19), p. 273.

⁶⁸ AGS, Gracia y Justicia, leg. 749, 6 de marzo de 1713, Osuna a Mejorada.

⁶⁹ Reproducido por SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 30. Traducción del texto original catalán.

⁷⁰ BC, ms. 421; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), vol. V, f. 45v.-46; SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 35.

⁷¹ AGS, Gracia y Justicia, leg. 749, 23 de marzo de 1713, Osuna al marqués de Majorada; *Ibidem*, Estado, legajo 8.128; AHN, Estado, leg. 2.864; *Ibidem*, leg. 5.033; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), pp. 717-720; SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), pp. 44-49.

⁷² DACB, XXVIII, pp. 65-66, 19 de marzo de 1713; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 542; La sincronización entre ambos acontecimientos, con toda la significación que cabe atribuirle, había sido puesta de relieve por SOLDEVILLA, *op. cit.*, (nota 13), p. 1123; Véase también TORRAS I RIBÉ, *op. cit.*, (nota 6), pp. 307-308; MARTÍ, *op. cit.*, (nota 29), p. 169.

sanos, empezando por el influyente secretario de estado Ramon Vilana Perlas, y por un nutrido grupo de dirigentes austriacistas, no sólo catalanes, sino también de otras procedencias peninsulares, en lo que ha sido considerado como una auténtica desarticulación y casi desbandada del poder austriacista⁷³. En términos políticos, la salida de la Emperatriz de Barcelona culminó el relevo institucional que se había iniciado con el viaje del Emperador Carlos VI en dirección a Italia en septiembre de 1711. La gobernación de Cataluña quedó a partir de este momento en manos del mariscal Starhemberg, que había sido nombrado virrey el 26 de septiembre de 1711, pero cuya posesión oficial del cargo se demoró hasta el 21 de marzo de 1713, inmediatamente después del embarque de la Emperatriz⁷⁴.

Con el virreinato del conde Guido Starhemberg se escenifica uno de los espectáculos más bochornosos de la guerra, que culminó en el abandono de Cataluña a merced de los ejércitos de ambas coronas borbónicas⁷⁵. En el terreno militar, con el territorio de Cataluña infiltrado por destacamentos de soldados borbónicos, que merodeaban impunemente hasta las mismas cercanías de Barcelona⁷⁶, la pasividad e inoperancia de las tropas imperiales era percibida como una traición, y suscitaba un creciente malestar entre la ciudadanía, que se concretaba en la resistencia de los aldeanos a proporcionar asistencia a las tropas, y según los informes recabados por la Generalitat en algunos casos llegó a desembocar en altercados entre militares y lugareños. En Granollers, por ejemplo, “se recela pueda producirse un desorden entre soldados y paysanos, según están alterados los ánimos”⁷⁷. La delicada situación en que se encontraban las tropas imperiales, y las argucias y engaños utilizados por el mariscal Starhemberg para disimular los preparativos de la evacuación de sus tropas, eran descritos de manera pormenorizada por los informes del espionaje borbónico que actuaba en Cataluña:

Todo el conato de Estaremborg consiste en mantenerse con quietud en aquel pahís, [...] hasta el caso de la evacuación y previsión de su marcha, y porque la plebe no se descomponga, la engaña con negar que tal tratado [de evacuación] deva executarse, dando a entender que se mantendrá la guerra en Cathaluña⁷⁸.

Probablemente, sin embargo, el ejemplo irrefutable de la doblez del virrey Starhemberg -y la demostración de la mala fe en sus relaciones con las instituciones

⁷³ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 680; El calificativo de desbandada fue utilizado por SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 40.

⁷⁴ DACB, XXVIII, p. 66-67, 21 de marzo de 1713; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 543.

⁷⁵ En el momento de su toma de posesión como virrey Starhemberg ya estaba informado de la firma de los acuerdos de evacuación, que prescribían la inevitable retirada del ejército imperial y el abandono de Cataluña a su suerte. Véase SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 53.

⁷⁶ No podemos olvidar que el definitivo tratado de evacuación del ejército imperial se negoció en el pueblo de Hospitalet, cercano a Barcelona. Sobre esta presencia de destacamentos de tropas irregulares borbónicas en diversas localidades de la retaguardia catalana, véase AHN, *Estado*, legajo 440-2, 3 de abril de 1713; *Ibidem*, legajo 432, 30 de mayo de 1713, Populi a Grimaldo; *Ibidem*, legajo 432, 6 de junio de 1713, Patiño a Grimaldo, “Notizias de los confidentes de Cataluña”.

⁷⁷ ACA, Generalitat, Dietaris, reg. 317, s.f., traducción del texto original catalán. ACA, *Generalitat, Deliberacions*, reg. 275, s.f., circa 15 de marzo de 1713.

⁷⁸ AHN, *Estado*, leg. 440-2, 25 de abril de 1713, Alós a Grimaldo.

catalanas- sea la retención de la carta fechada en Viena el 24 de abril de 1713, en la que el Emperador daba cuenta de la próxima evacuación del ejército imperial, y desengañaba a los catalanes de cualquier posibilidad de resistirse a la ocupación del ejército borbónico. Sin embargo esta carta, según todos los indicios, fue retenida por Starhemberg para no soliviantar los ánimos de la población, y no llegó a manos de las instituciones catalanas hasta el 10 de junio, pasados casi dos meses de la fecha de su expedición⁷⁹. El dramático contenido de esta misiva resultaba inequívoco, y no ofrecía dudas sobre las intenciones del Emperador de poner fin de inmediato a la presencia de su ejército en Cataluña –a causa de su incapacidad para continuar la guerra en solitario– siguiendo las directrices impuestas por las potencias firmantes del Tratado de Evacuación:

Aumenta el dolor que continuamente padesco [por] la precisión de haver de sacar mis tropas de esse Principado; podeys estar bien ciertos [...] lo que importaría a mis intereses el continuar la guerra en España a fin de recuperar toda la monarquía [...]. Si yo crehese que con el sacrificio de mis tropas pudiera aliviar vuestro desconsuelo, no tiene la menor duda que lo haría, pero perderlas para perderos más, no creho seya medio que aconseja vuestra prudencia. [Haviendo] ya llegado a firmar la paz sin consentir yo en ella, [y] separada la alianza de las potencias marítimas, nos queda por consecuencia serrado del todo el paso de la comunicación de Cataluña con Italia y Alemania, siendo impracticable en tal positura embiar socorro alguno, [...] por lo qual el mantenerme yo firme en continuar la guerra de España produciría la total ruina de esse Pays, que es el principal motivo que he tenido para la conclusión del tratado de armisticio⁸⁰.

Consecuente con el contenido de esta dramática carta-declaración real, el mismo 24 de abril el Emperador prevenía de manera inequívoca sobre las medidas que deberían adoptarse para la evacuación de sus tropas de Cataluña, y consiguientemente dispensaba del juramento de fidelidad a todos los combatientes españoles enrolados en el ejército imperial, “para que quedando en entera libertad puedan elegir la continuación de su Real Servicio, o ir a la parte que fuese de la voluntad de cada uno”⁸¹.

En el intervalo de los escasos dos meses transcurridos entre la redacción de la misiva imperial y su recepción por parte de las instituciones catalanas, la documentación disponible pone de manifiesto sin lugar a dudas el doble juego puesto en práctica por el virrey Starhemberg para asegurar la quietud de los catalanes mientras organizaba discretamente la evacuación de las tropas imperiales⁸². Así, por ejemplo, el 18 de abril, siete días después de haberse firmado el Tratado de Utrecht, en carta a la Generalitat el virrey aun trataba de tranquilizar a las autoridades del Principado, y desmentía que su contenido tuviera que afectar negativamente a Cataluña:

Los negocios de la Paz General que se trata en Utreck [y] la práctica de armisticio en la guerra de este continente, deseo viva V. E. en el conocimiento y certeza de que

⁷⁹ SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 79.

⁸⁰ DACB, XXVIII, p. 84, carta real fechada en Viena el 24 de abril de 1713.

⁸¹ Carta reproducida por BRUGUERA, M.: *Historia del memorable sitio y bloqueo de Barcelona y heroica defensa de los fueros y privilegios de Cataluña de 1713 y 1714*, vol. 1, Barcelona, L. Fiol y Gros, 1871, p. 93.

⁸² Según SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 82, “Starhemberg engañaba a todo el mundo”.

en tal caso (si llegare) será mi aplicación la mayor para procurar establecer y asegurar todo lo que pueda pertenecer al consuelo y utilidad y veneficio de este fidelísimo País, como acto muy justamente merecido de su exemplar amor y lealtad”⁸³. Pero al mismo tiempo que intentaba transmitir seguridad y confianza a las instituciones, el virrey -de manera encubierta- inducía a la nobleza y a las clases dominantes catalanas para que prepararan su adhesión al monarca borbónico, y les apremiaba para que recabaran adeptos a la nueva monarquía entre sus vasallos, dependientes y allegados, incitando el derrotismo de la población: “todas las noticias de Cataluña confirman la resignación con que aguardan la entrada de las tropas de el Rey aquellos naturales”⁸⁴.

Las fuentes del espionaje borbónico que actuaba en Cataluña describían certeramente el clima de confusión y discordia suscitada entre la ciudadanía por las equívocas y contradictorias actuaciones del virrey:

En Barcelona se mantienen los ánimos en perplejidad, y en varia confusión de dictámenes, [y] la estrategia del conde Estaremborg toda consiste en mantener en equilibrio las cosas, valiéndose de medios proporcionados a su idea, sean falsos o verdaderos, injustos o contrapuestos, de modo que un día les asegura que no habrá paz, otro día ya significa ser precisa la evacuación, pero lo templa luego con decirles que no lo ejecutará si no es con la seguridad de quedar con las mismas leyes, y que [...] no les desemparará hasta que logren lo que desean; con estas políticas tiene en su puño todo aquel pueblo⁸⁵.

La aplicación directa e insoslayable del Tratado de Evacuación firmado en Utrecht, que contemplaba la orden apremiante de salida de Cataluña de las tropas imperiales, no se produjo hasta el 22 de junio de 1713, con la firma del denominado Convenio de Hospitalet, aunque en realidad había empezado a tratarse entre representantes del ejército imperial y de las tropas borbónicas en las cercanías de Cervera desde finales de mayo; según el duque de Populi su contenido consistía únicamente en organizar “la ejecución del tratado hecho en Utrecht [para] la evacuación de ese Principado”⁸⁶. Las diversas fuentes coinciden en señalar que el grueso del contenido del Convenio de Hospitalet fue negociado genéricamente “en el campo delante de Barcelona”, en localidades como Sant Feliu de Llobregat y Hospitalet, aunque fue en esta última población donde se cerró definitivamente el tratado⁸⁷. Los negociadores fueron por parte imperial el conde Königseck y el teniente general José Lotario, mientras que por parte borbónica el duque de Populi delegó como representante al general Ceba Grimaldi. También ocasionalmente intervinieron en las negociaciones, para tratar los

⁸³ ACA, Generalitat, Deliberacions, reg. 275, doc. 442, 18 de abril de 1713. Los destinatarios agradecieron estas seguridades y la protección prometida por el virrey “para mantener el país bajo el justo y gustoso dominio de nuestro adorado monarca austríaco, y para preservar la provincia de toda invasión”. *Ibidem*, doc. 444, 21 de abril de 1713, traducción del texto original catalán.

⁸⁴ AHN, Estado, leg. 432, 6 de junio de 1713, Patiño a Grimaldo; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 562.

⁸⁵ AHN, Estado, leg. 432, 6 de junio de 1713, Alós a Grimaldo.

⁸⁶ AHN, Estado, legajo 432, 30 de mayo de 1713, Pópuli al marqués de Grimaldi; Véase también CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 548.

⁸⁷ AHN, Estado, leg. 433-1, Pópuli a Grimaldo; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 616; BUB, ms. 426, 22 de junio de 1713.

temas del embarque de las tropas imperiales, Thomas Swanton, Antonio Wescombe, y el almirante inglés Jennings⁸⁸.

En cuanto a su contenido, el Convenio de Hospitalet se remitía en todo momento a poner en práctica los puntos concernientes a “la ejecución del tratado de evacuación de la Cataluña y islas de Mallorca y Iviza acordado en Utrecht el día catorce de marzo de 1713”. Atendiendo a esta premisa, se establecía para el día 1 de julio de 1713 la cesación de armas y de toda hostilidad entre los ejércitos imperial y borbónico, y para el 15 de julio la entrega por parte imperial de las ciudades de Barcelona y Tarragona, así como del resto de plazas fuertes existentes en Cataluña. También se acordaba la evacuación imperial y cesión a Felipe V de las islas de Mallorca e Ibiza. Finalmente se establecían diversas cláusulas referidas a la aplicación del acuerdo sobre el terreno, tales como la retirada de las tropas imperiales, el tratamiento que debía hacerse de la artillería y otro tipo de armamento, la libre circulación de refugiados, la concesión de pasaportes a los soldados y el buen trato de prisioneros y heridos, así como detalles referidos al embarque de los soldados imperiales en los puertos del litoral catalán⁸⁹.

La puesta en práctica del Convenio de Hospitalet se encontró con dos escollos fundamentales, ambos íntimamente relacionados y ambos imposibles de resolver con los medios que los negociadores tenían a su alcance. El primer punto irresoluble era el compromiso del Emperador de defender la conservación de las instituciones y privilegios de Cataluña, aspecto sobre el cual no se hacía ninguna mención en el contenido del acuerdo. Según el general borbónico Ceba Grimaldi en el transcurso de las negociaciones el tema fue suscitado por orden de Starhemberg, pero fue rechazado “porque esta proposición salía fuera de nuestra comisión, [y] he declarado que los catalanes no tienen más recurso que esperar la clemencia del Rey, [...] a lo que respondió el conde Königseck que de su parte [...] no sería embarazo para dar los pasos convenientes a fin de llegar al efecto”⁹⁰. El segundo punto imposible de poner en práctica era la entrega imperial de la plaza fuerte de Barcelona al ejército borbónico, de lo que se excusó el conde Königseck “no poderlo ejecutar porque no la guarnecían tropas, y que la guardia era de los naturales”, con lo que debería superarse la resistencia de la milicia de la “coronela” gremial⁹¹.

Dejando al margen estos incumplimientos, ciertamente nada desdeñables, el contenido del Convenio de Hospitalet fue aplicado por ambas partes sin mayores problemas. Simbólicamente, el día 1 de julio las tropas imperiales que formaban la guarnición de Cervera dieron el relevo a las tropas borbónicas, que iniciaron la ocupación del territorio sin incidencias destacables: “habiendo abandonado los enemigos

⁸⁸ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 548; SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), p. 95

⁸⁹ AHN, Estado, leg. 432, 22 de junio de 1713, “Copia del acuerdo y convención hecha para la ejecución del tratado de evacuación de la Cataluña y islas de Mallorca y Iviza, acordado en Utrecht el día catorce de marzo de este año”. Reproducción íntegra del contenido del Convenio de Hospitalet en BUB, ms, 34, *Annals Consulars*, pp. 145-147; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), pp. 717-719 y 777-778; SANPERE, *op. cit.*, (nota 59), pp. 95-97.

⁹⁰ AHN, Estado, leg. 432, 18 de junio de 1713, descripción de las negociaciones a cargo de Ceba Grimaldi. Según un manuscrito anónimo coetáneo, en el curso de las negociaciones Starhemberg “no había podido conseguir cosa favorable a los privilegios de Cataluña”. BUB, ms. 426, s.f. 22 de junio de 1713.

⁹¹ CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 548; Según fuentes borbónicas, “los gremios mantenían una perversa obstinación”. AHN, Estado, leg. 433-1, Populi a Grimaldo.

aquella plaza [de Cervera] el día 1, entró en ella al amanecer del 2 el regimiento de Medina Sidonia a ocuparla en nombre del Rey”⁹². Las avanzadillas de los ejércitos de ambas coronas llegaron con celeridad al pie de las murallas de Barcelona, el día 25 de julio, efeméride que era descrita puntualmente por el dietario municipal: “En este día apareció por la parte de Hospitalet la armada del señor duque de Anjou, según se dice con la intención de tomar la presente ciudad”⁹³. A partir de esta fecha los catalanes pudieron percibir por primera vez, con nitidez y desolación, que eran asediados por Felipe V, y que habían sido abandonados por el Archiduque⁹⁴.

⁹² AHN, Estado, leg. 433-2, 6 de julio de 1713; CASTELLVÍ, *op. cit.*, (nota 5), p. 648.

⁹³ DACB, XVIII, p. 93, 25 de julio de 1713. Traducció del texto original catalán.

⁹⁴ TORRAS I RIBÉ, J. M.: “Cataluña, 1713: asediados por Felipe V, abandonados por el Archiduque”, en SERRANO, E. (ed.): *Felipe V y su tiempo. Congreso Internacional*, t. 2, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2004, pp. 211-234.